

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): *Una mujer vestida de sol.*

Salmo (44, 10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-27a): *El último enemigo aniquilado será la muerte.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

Siempre me llama la atención la gente con un corazón sencillo; gente no complicada, ni retorcida, sino transparente; gente que cuando habla, convence, llega al corazón y uno se siente atraído. ¡Da ganas de sentarse a conversar con esa gente! Ellos no buscan complejidades, no desconfían, ven en la gente lo bueno. Su sencillez de corazón se opone a esa otra postura, la de buscar siempre motivos para no creer, la de dudar de todo, la de complicar las cosas, la de plantear siempre dificultades, la de encontrar algo que nos dé la excusa para descalificar.

Esa actitud frente a la vida, la de hacer de lo complejo algo sencillo, la de creer, confiar, de poner una sonrisa y un deseo de hacerse comprender y querer por el prójimo, es una parte importante del amor. Porque el amor es sencillo y humilde; por eso Dios es simple, humilde y pobre. Él hace las cosas de su Reino sencillas para nosotros y se las revela a los sencillos. Pero, a la vez, se pone una nube entre su misterio y nuestra razón. Es por este motivo no querer ver y saber más allá de lo que somos capaces de ver. ¡Sólo creer en Él!

Esta actitud, la de creer, proviene de un corazón sencillo. Creer, con un espíritu abierto a las cosas del Reino, más allá de que la mente, nuestro intelecto, no alcance a comprender lo que percibe. Es muy difícil tener fe en Dios, si queremos procesar todo a través de nuestra razón. La soberbia, origen de todo pecado porque proviene de quien quiso ser como Dios en los inicios de los tiempos, nos arrastra a querer ver donde no debemos, a querer comprender donde no podemos, y finalmente a creer sólo si nuestra razón comprende. ¡Sólo Dios puede comprender sus cosas!

Cuando veo tanta gente sencilla en los lugares donde se expresa la fe en Jesús y María, no puedo dejar de admirarme de la sencillez de esos corazones que creen, no preguntan, no se hacen planteamientos más allá de la fe o las enseñanzas que Jesús nos dejó a través de su Palabra. ¡Benditos esos corazones plenos de sencillez y de fe!, ¡bienaventurados los sencillos y humildes de corazón!

Es por este motivo que da gran alegría ver gentes con dones intelectuales y buena educación, que también tienen un corazón sencillo, y creen en las cosas de Dios sin preguntarse. Esos hermanos han pasado una prueba importante, han llegado a rozar la verdadera sabiduría, la de hacerse pequeños y aceptar con corazón agradecido el misterio de Dios revelado en Jesús de Nazaret sin preguntarse, ni querer encontrar razones, ni demostraciones para legitimar el modo de actuar de Dios. Sólo aceptar, orar, adorar al Señor, y disfrutar de los pequeños detalles que Él nos permite ver de su maravilloso Reino.

¿Cómo queremos que actúe Dios?

Cuando los pobres quieren expresar algo que les ha significado mucho en su vida y ha cambiado su condición, han recurrido siempre a la exageración (literatura épica) y a describir lo que ha ocurrido como hechos portentosos que superan las posibilidades humanas y, por lo tanto, han dejado KO a los ricos y poderosos en un abrir y cerrar de ojos. Quieren significar que algo sobrehumano está de su lado y que Dios, al final, es la esperanza del necesitado y del marginal. La Biblia está llena de este tipo de literatura desde sus comienzos históricos. Todos conocemos la gran epopeya del Éxodo con las plagas, el paso del mar Rojo, la victoria sobre un ejército tan fuerte y temible como el del Faraón, el derrumbe de las murallas de Jericó, las victorias de unos pocos sobre varios miles... Estas descripciones no responden a la realidad de las crónicas, son la narración entusiasta del creyente que trata de decir que lo ocurrido era imposible si Dios no hubiera intervenido, porque en pura lógica era imposible, pero ocurrió y la sorpresa entró en la historia. La situación histórica puede ser catastrófica y, aparentemente, imposible de cambiar, pero Dios puede actuar. Más aún, Dios actúa. Por lo tanto, lo hará. Así es cómo queremos que actúe Dios.

¿Cómo actúa Dios?

La literatura épica nos ha acostumbrado a esperar que Dios ponga en marcha todos los mecanismos de poder que tiene a su alcance y comience a barrer a diestro y siniestro, al estilo de Santiago matamoros para restablecer el derecho, fortalecer la justicia y proteger al débil y humillado. Hasta los profetas describían así la acción de Dios en la historia. Sin embargo, no es así. Dios no actúa nunca de esa manera. Es cierto que Dios interviene y actúa entre nosotros. Es cierto que Dios quiere que haya derecho, que la justicia sea fuerte, que el débil no sea avasallado, que el pobre tenga lo necesario. Pero lo hace a la chita callando, sin alardes y sin grandiosidades, de una manera tan sencilla y natural que no se nota si no tienes costumbre de mirar la vida con los ojos de la fe. Es lo que hace con María, su Madre. Con Isabel, su tía, anciana y achacosa. Con nosotros, seres necesitados. Con los pobres del mundo y con la historia humana. Actúa, interviene, hace cosas, pero de tal manera que pasan desapercibidas porque parecen tan normales que parecen obras nuestras. Y Dios necesita que nos pongamos a su disposición como intermediarios para que la historia cambie y tengamos esperanza.